

LA BILLARDA

Buenos Aires, Argentina



LA BILLARDA

Roque y Serafín.

Dos niños, que apasionados
jugaban
en una calle de barrio.

Afilaron la billarda
y apoyaron el palito
en un cercano adoquín
de geografía aprobada.

Se miraron los amigos

y en sus ojos se leía
la decisión ya tomada
de jugar hasta el sin fin.

Y a partir de ese momento
la billarda cruzo bosques,
nadó ríos, surcó mares...
Llegaron a las alturas
de montañas portentosas
y de inolvidables valles.

Dormían,
cuando la noche
les ocultaba el espacio.
Comían, juntos los dos,
cuando ocurría
un milagro.

Pero el convenio fatal
se cumplía a rajatabla.
El jugar hasta el sinfín
se decían, el adusto

niño Roque

y el alado Serafín.

Pero en un anochecer,

pasados ya 80 años

de jugar y recorrer,

mientras el palo azotaban

(con menos vigor ahora),

vieron de pronto

una casa

que resultó conocida.

¡Santo Dios!, ¡esa es mi casa!

Exclamó el adusto Pedro.

Y Serafin asombrado:

¡Es mi casa! ¡Santo Cielo!

Y al acercarse a su puerta

vieron a hermosa mujer

de extraño cabello gris

con ojos de escaso brillo

que los recibió y les dijo:

-Hombres,
desde el lejano adoquín
de una calle de aquel barrio,
hoy han llegado hasta aquí.
Y digo que aquí se quedan.
Pues aquí acaba el sinfín.

Pero Roque enfurecido,
Dice: -No tiene fin el sinfín.

-El sinfín nunca termina,
aseguró Serafín.

- Todo, todo tiene fin,
y este es el fin del camino
para Roque y Serafín.

Descansarán esta noche
en la que fuera su casa.
Casa que nunca habitaron,
y ya no despertarán.

- Pero hay para todo reo –
dijo la parca sonriente-

ahora un último deseo.

Los amigos se miraron.

Los amigos respondieron

(después de poco pensar):

-Queremos vivir la vida que
nos quitó la billarda.

-Sea,

contestó la Parca.

Y en esa última noche

que pasaron en la casa

fueron niños otra vez,

y también adolescentes.

Sintieron las travesuras,

el primer beso. Y el sexo.

Y fueron novios, maridos,

padres , abuelos , amantes.

Hicieron sufrir, sufrieron,

y vieron la vida toda

que por jugar

se perdieron.

Y ya al alba, aquella casa

se convirtió en una tumba.

La que albergó para siempre

a tan extraños amigos.

Una cruz sobre la tierra,

rodeada de bruma azul.

Eran el palo,

y lustrosa,

muy lustrosa y muy gallarda,

la billarda,

haciendo cruz.

En la lápida

está escrito, y eso en letras de marfil:

“No existe el sínfín amigo.

Sino la vida y el fin”

Y abajo, en letras muy chicas,

dos nombres

están firmando:

El de Roque

y Serafín.

Billarda:

Juego de muchachos que consiste en dar con un palo en otro pequeño y puntiagudo por ambos extremos colocado en el suelo, de modo que el golpe lo haga saltar y que, en el aire, se le pueda dar un segundo golpe que lo despida a mayor distancia.